

micos, ¡qué digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos, y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. ¿Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ¿ó si nosotros tendremos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? porque solo así pareceremos ménos culpables ante sus ojos, aunque no le manifestemos nuestra gratitud ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada esto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas, especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; porque los demas no lo hacen, y les da vergüenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mí, digo, que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rústico ó payo, que no entre los sensatos, por Hugonote ó irreligioso cuando ménos, y así procuro dar buen ejemplo por mi parte.

De algo me ha de servir tener sesenta años de edad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo esto el cura, sin esperar respuesta, porque no la tenia lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oracion del Señor, dió gracias, y todos lo acompañaron dócilmente, diciendo yo entre mí: Si en todas las mesas donde asisten sacerdotes hubiera alguno tan celoso como este cura, que se encarga de dar gracias á Dios, y á los seculares buen ejemplo, pronto veriamos restablecida esta loable costumbre de nuestros padres.

Luego que pasó esta religiosa sesion, repitió Eufrosina al cura el encargo que le hizo de que dijera los versos, y el buen eclesiástico cumplió su palabra como se verá en el capítulo que sigue.

## CAPITULO II.

*Refiere el cura las versos, y se trata sobre la profandidad de las mugeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno.*

Ciertamente, señores, dijo el cura, que habrá fastidiado á ustedes el sermon; pero como estoy hecho á predicar, se me olvidó

que estaba en una mesa; bien que no me arrepiento de lo dicho, porque como estoy seguro de la religiosidad de ustedes conozco que la omision de dar gracias no es efecto de impiedad, sino por seguir la moda hasta en esto; aunque tambien estoy seguro de que desde hoy será otra cosa; y así, variando de asunto, oiga V. señorita, como se expresó la madre Juana Ines en defensa de su sexo, y con que gracia reprende á los hombres que hablan mal de las mugeres, despues que las seducen. Dice así.

Hombres necios, que acusais  
á la muger sin razon,  
sin ver que sois la ocasion  
de lo mismo que culpais:  
Si con ansia sin igual  
solicitais su desden,  
¿por qué quereis que obren bien  
si las incitais al mal?  
Combatis su resistencia,  
y luego con gravedad  
decis que fué liviandad  
lo que hizo la diligencia.  
Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco  
al niño que pone el coco,  
y luego le tiene miedo.  
Quereis con presuncion necia  
hallar á la que buscais,

para pretendida, Thais, (1)  
y en la posesion, Lucrecia. (2)  
¿Qué humor puede ser mas raro  
que el que falto de consejo  
él mismo empaña el espejo,  
y siente que no esté claro?  
Con el favor y el desden  
teneis condicion igual,  
quejándoos si os tratan mal,  
burlándoos si os quieren bien.  
Opinion, ninguna gana,  
pues la que mas se recata,  
si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.  
Siempre tan necios andais,  
que con desigual nivel  
á una culpais por cruel,  
á otra por fácil culpais.  
¿Pues cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata ofende,  
y la que es fácil enfada?  
Mas entre el enfado y pena,  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere,  
y quejaos enhorabuena.  
Dan vuestras amantes penas  
á sus libertades alas,  
y despues de hacerlas malas,  
las quereis hallar muy buenas.

(1) Una pública ramera.

(2) Una romana tan honrada, que se mató por no sufrir su honor ultrajado por la fuerza.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
 en una pasión errada,  
 la que cae de rogada,  
 ó el que ruega de caído?  
 ¡O cuál es mas de culpar,  
 aunque cualquiera mal haga,  
 la que peca por la paga,  
 ó el que paga por pecar?  
 ¡Pues para qué os espantais  
 de la culpa que teneis?  
 Queredlas cual las haceis,  
 ó hacedlas cual las buscais.  
 Dejad de solicitar,  
 y despues con mas razon  
 acusareis la afeicion  
 de la que fuere á rogar.  
 Bien con muchas armas fundo  
 que lidia vuestra arrogancia,  
 pues en promesa é instancia  
 juntais diablo, carne y mundo.

Todos aplaudieron los versos, especialmente las señoras; pero el licenciado en un tono burlesco dijo: No hay duda de que estan buenos los versos que ha dicho el señor cura; pero con su licencia, son mejores unos que yo sé, y dicen así.

Cierto artífice pintó  
 una lucha en que valiente  
 un hombre tan solamente  
 á un horrible Leon venció:  
 Otro Leon que el cuadro vió  
 sin preguntar por su Autor,

en tono despreciador  
 dijo: Bien se echa de ver  
 que es pintar como querer,  
 y no fué Leon el pintor.

¿Qué tal, no está la fabulita que ni mandada á hacer? ya se vé, como del númen del dulce Samaniego.

Bien, dijo D. Dionisio; ¿pero á qué viene aquí la fabulita? Claro está á lo que viene, contestó el licenciado: se echa de ver que no fué hombre sino muger la autora de las estrofas que ha referido el señor cura; y así escribió á su favor, y acaso sin la mayor noticia en la materia, como que era una religiosa enclaustrada en un monasterio, y no una muger del mundo. En atencion á esto, no fué mucho que manejara la pluma tan á favor de su sexo, porque no fué Leon el pintor, y así ella pintó á los hombres y disculpó á las mugeres como quiso. Si hubiera sido hombre el autor de los versos, hubieran estos salido á favor de los hombres, y se vieran pintadas las mugeres en ellos con unos colores nada ventajosos.

Efectivamente, en este caso poco trabajo costaria al poeta probar que las mugeres siempre tienen la culpa de que las

seduzcan los hombres. Ellas dan la materia y los hombres disponen la forma. ¿Qué importa que no rueguen descaradamente, que las seduzcan ó enamoren, si lo dan á entender con sobrada claridad?

Ustedes, señores, habrán advertido el modo con que las pateras llaman á los marchantes. *Aquí hay pato grande, dicen, venga V., mi alma: aquí hay pato grande con tortillas con chile. Venga V.* Las almuerceras obran de distinto modo en la apariencia; pero que tienen igual ó mas eficaz virtud en la realidad, pues aunque no llaman con la boca á los que pasan, provocan su apetito con mas arte, poniendo en sus puertas las cazuelas de sus almuerzos ó meriendas, muy olorosas y compuestas con ramilletes de rábanos y lechugas.

Así son las mugeres que quieren ó captar la benevolencia de los hombres, ó arrancarles el dinero. Todas llaman: la diferencia está en el modo. Las coquetillas infelices se paran en las puertas de sus accesorias, é pasean de noche por los portales y lugares acostumbrados, acompañadas de un muchacho ó criada trapientos, con los que van diciendo: *Esta casa se al-*

*quila.* ¿Quién no advierte el espíritu de estas pobres? Pues estas son las pateras.

Las no infelices no se valen de estos arbitrios vergonzosos, pero sí de otros que no les van en zaga en la sustancia.

Tal es la profanidad en el vestir, la libertad en el hablar, y aquella estudiada afectacion de toda sus operaciones. A qué fin sino para provocar á los hombres, son esas medias color de carne, esas transparencias de los puntos con que se descubren las espaldas, esos desgotes que hacen saltar los pechos desnudos, esos contoneos al andar, esos melindres y monadas al reir, al saludar y al hablar, en una palabra, ese conato tan escrupuloso para parecer bien y hacerse amables de nosotros? ¿No es verdad que estas tales se parecen bien á nuestras almuerceras, que aunque no llaman á los hombres con la boca, los provocan con su diligencia y compostura? En efecto, las mugeres pobres gritan su deseo, y las no pobres lo dan á entender; pero todas *lo venden so pato*, como dicen las indias.

Desengañémonos, señores: siempre los hombres han buscado la disculpa de sus extravíos en las mugeres, y estas en aque-

llos; pero lo cierto es que tan malos son unos como otros; mas por lo que toca al punto de seducción, ellas son peores que ellos, porque si los hombres las seducen, es porque las mugeres se dejan seducir, y no solo les facilitan el camino, sino que los incitan á ello y casi se los ruegan, como lo he probado; y últimamente, si no hubiera tantas mugeres descocadas, no habria tantos hombres atrevidos.

Dejó de hablar el licenciado, y Eufrosina, disimulando mal la incomodidad que tenia, dijo: ¿Qué le parece á V. señor cura, y qué buen concepto debemos las mugeres al maldito Nariguetas! Para él no hay una buena, ni sabe hacer distincion de estados, clases ni condiciones. A todas mide con una misma vara. La casada honrada, la doncella virtuosa, la viuda honesta, la señora decente, son lo mismo que las abandonadas de la calle. Vamos, que esto es una picardía intolerable, y solo V. señor licenciado Narices, se puede producir de esta manera. Si yo no creyera que hablaba de chanza y solo por hacernos enojar, diria que era V. temerario y un malcriado, pues aunque fuera verdad cuanto dice, debería no decirlo delante

de unas señoras que lo entienden. Esto es falta de política y buena crianza. Ni mi lacayo se produciría de ese modo.

No, no hay que atufarse, caballera, decia con mucha sorna el abogado; yo no barro con todas las mugeres. Sé que las hay muy virtuosas, honestas y ejemplares; pero se pueden perder entre las que no lo son, en fuerza de su escaso número, si se pone en comparacion, hablo solamente de las descaradas, profanas y provocativas. Si aquí no hay ninguna que lo sea, como yo lo creo, no hay para que enojarse, pues yo no cito ejemplares señalados. En una palabra, entren todas, y luego salgan las que yo no he metido; pero estoy seguro que nada he dicho que no lo demuestre la experiencia. ¿Qué dice V. señor cura?

¿Qué he de decir, respondió el cura, sino que, haciendo la distincion debida, y la protesta que V. acaba de hacer de que no habla en general, sino solo de las mugeres que con sus trages ó acciones poco honestas incitan á los hombres, dice muy bien; pero advierta V. que tampoco á estas mugeres defiende la madre Juana Ines en los versos que escribió y yo he

dicho; sino á las timoratas y recatadas, que son seducidas dentro los muros de su misma honestidad. Bien se colige de sus mismas palabras que este fué su espíritu, y no el de defender la liviandad de muchas de su sexo. Oiga V. sus palabras otra vez.

Combatis su *resistencia*,  
y luego con gravedad  
decís que fué liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Bien claro está que nuestra monja habló en pro de aquellas que hacen *resistencia* á la seducción, y no de las que convidan á ella. ¿A estas quién las ha de defender cuando se hacen objetos de abominacion para Dios y para los hombres? Hablo especialmente de las mismas que V. ha habido, esto es, de las muy profanas y escandalosas.

El Espíritu Santo aconseja que se huya de las mugeres compuestas con demasiado lujo, y que no se entretengan con ellas, porque han sido muchas veces el escollo de la inocencia. (\*)

La verdadera virtud ó el mérito verda-

(\*) *Eccl. cap. 9.*

dero, dice un Luterano convertido, saca su lustre de sí mismo, y no busca un realce en el oro y en la plata, que solo es estimado entre las mugeres, los tontos y el vulgo, el cual ordinariamente juzga del individuo por la profanidad ó adorno de su traje.

Pero, señor cura, decia Eufrosina: ¿qué, todas hemos de vertirnos con hábitos de capuchinas ó enaguas de jerguetilla? De ninguna manera, respondió el párroco: en toda sociedad hay variedad de clases, y en cada clase debe guardarse el orden que le toca, pues saliendo de él se hace cualquiera singular.

Tan extraño y ridículo seria en un capitán de milicia traer una capilla de fraile, como en un fraile lampazos de capitán. Esto quiere decir, que cada uno debe vestirse segun su estado y condicion, y por eso dice aquel refran vulgar: *Vístete como te llamas*. No se ha de vestir la secular como la monja, ni la casada como la viuda, ni la jóven como la vieja, ni la señora como la plebeya, ni la ama como su criada, ni nadie con traje que no le pertenece. Entónces seria un desorden y una asombrosa confusion.

En esta inteligencia, yo no estoy mal con la decencia respectiva á cada clase de personas, ni con la misma moda. Declamar contra ella en lo general, mas es un capricho de la ignorancia que un celo por la virtud. Moda no es otra cosa que el uso de esto ú aquello nuevamente introducido entre los hombres. Hay modas útiles, las hay indiferentes y las hay malas. Estas son y deben ser reprobadas por todo hombre sensato: las primeras deben seguirse, y las indiferentes pueden ó no adoptarse, segun el gusto de cada uno. Por ejemplo: ¿quién negará que el túnico en las mugeres, y el pantalon en los hombres, á mas del adorno, proporcionan comodidad y economía? Luego esta moda es útil, y debe admitirse entre las personas de buen gusto sin el menor escrúpulo.

Ahora, que el túnico ataque por detras ó por delante, que el pantalon sea de casimir ó de punto, es una cosa indiferente, porque puede ser ó no ser, segun el gusto de cada uno; y de que sea así ó asado no se sigue ningun reato moral.

Pero si el pantalon es de algun genero trasparente, si está tan ajustado al cuerpo que de á legua se conoce que es hombre

el que lo trae: si el túnico está delgado y estrecho que al dar el paso se deja ver la pierna, si el corpiño es tan pequeño y muy escotado que descubra los brazos, pechos y espalda, entónces ya esta es moda obscena, escandalosa y abominable, y por tanto digna de reprobarse por toda persona de virtud. Lo mismo puede decirse de las modas. No el uso, el abuso que se hace de ellas, es lo que las convierte en pecaminosas é ilícitas. Dije que de *las mas*; y no de todas, porque hay algunas que son malas en sí y no tienen por donde cohonestarse.

Los antiguos corceés que han substituido á las cotillas, son un ejemplo de esta verdad. El uso de ellos es una moda harto perjudicial, y no tienen con que disculpar su maldad. Yo no soy tan temerario que me atreva á decir que se use para elevar los pechos y hacerlos saltar como naturalmente fuera del escote del túnico. Dios me libre de ser tan malicioso. Allá se la hayan las señoras, pues cada una sabrá el santo fin con que se sujeta á esta mortificacion; pero en lo físico es innegable que es tormento demasiado pernicioso á la salud desde que se pone has-

ta que se quita. He observado que algunas señoras, espetadas en estos malditos cinchos, no tienen ni libertad para moverse. . . . poco he dicho, no son árbritras ni de comer á gusto, porque temen, y con razon, que el volúmen del alimento las oprima mas, ó les reviente el corcé; y así el día que se lo ponen, ayunan á su pesar y sin ningun mérito; y ya se ve que esta moda no puede calificarse de buena ni útil de ninguna manera.

El célebre Buffon condena las cotillas, los corceés y todos aquellos vestidos dolorosos, que con el vano pretexto de formar el talle, estorban la respiracion, impiden que la sangre circule con libertad, y causan mas incomodidades y deformidades de las que precaven.

Aun seria ménos perjudicial esta moda si generalmente se usara con mas prudencia; pero me dicen, y no lo dudo mucho, que hay señoras á quienes el cochero ó lacayo atacan el corcé: ya se deja entender que esta diligencia se hace para que esté muy apretado, y siendo esto así no es extraño que muchas se hayan enfermado por este uso, capaz de matar con su continuacion á cualquiera señora delicada.

Bastante conocen esta verdad y temen sofocarse si se quitan de repente los tales corceés, y por esto tienen cuidado de que se los aflojen poco á poco. Muy bien hecho; pero ¿no fuera mejor ahorrarse de esas incomodidades y esos riesgos? Sígame en hora buena la moda cuando sea útil é inocente; mas no nos constituyamos unos partidarios tenaces de todo uso nuevo, solamente porque es nuevo, por mas que estemos convencidos de que puede acarrearlos muchos perjuicios físicos ó morales. Esto no es ser modista, sino esclavos serviles de las modas.

Pues segun eso, señor cura, decia Eufrosina, bien puedo yo seguir las modas sin cargo de conciencia.—Las útiles y honestas, sí, señora; las que no lo sean, no.—¿Y con qué regla mediré yo esa utilidad é inocencia?—¡Oh señora! respondió el cura: ahí está toda la dificultad de la materia.

Cuando no queremos sujetar nuestro amor propio á la razon, sino seguir sus naturales impresiones, entónces confundimos facilmente lo útil y honesto con lo agradable. Todo lo que alhaga nuestros sentidos y hsonjea nuestras pasiones, nos



agrada, y tenemos por útil é inocente, á lo ménos en aquellas cosas que no son enormemente criminales ó expresamente prohibidas por la ley; y esta es la causa de que frecuentemente se apelliden á las virtudes vicios. Por esto el espadachin provocativo se tiene por valiente, el avaro por económico, el pródigo por liberal, y la muger profana por inocente partidaria del lujo.

La prudencia, señora, la prudencia es la mejor regla que nos debe servir para conocer cuándo una cosa es útil y honesta, y cuándo sea solamente deleitable, y este conocimiento no es difícil de adquirirse en haciendo á un ladito el amor propio.

Hecha esta diligencia, ¿se le ocultará á ninguna muger que todo exceso degenera en vicio? ¿Ignorará que toda profanidad es un exceso de la moda, ó lo que se llama lujo sobresaliente? ¿Y no sabrá que este exceso no puede ménos que traer funestas consecuencias, ya por el escándalo que ocasiona á los que lo notan, y ya porque en estos gastos superfluos se arruina á los padres ó maridos? Es imposible, porque á nadie se ocultan estas verdades.

Pues ya tiene V. señora, en pocas pa-

labras, la regla con que conocer hasta qué punto puede seguir la moda. Vístase V. conforme á su estado, pero sin disipar lo necesario ni arruinar á su familia: adórnese en hora buena segun su clase, pero sin ser profana ni escandalosa: ataviése como una señora decente, pero nunca como las transparentes coquetillas; y entónces puede creer que entra en las modas con seguridad de conciencia.

Oiga V., por último, lo que el sabio Blanchard dice sobre esto, para que viva mas tranquila y para que vea que nuestra religion no es un espantajo aterrador, ni un tirano que ños impide el uso de los bienes que el Criador nos dispensó con tanta liberalidad, sino una buena madre que nos enseña, nos corrige y sujeta para que no abusemos de aquellos mismos bienes con ofensa de Dios, con perjuicio del prójimo y daño nuestro.

„¡Cuántos pesares, dice Blanchard, se prepara uno cuando no quiere aprender el secreto de medir su gasto con su persona! La causa mas ordinaria de la ruina de muchas personas es, que arreglan su gasto segun su estado y no segun sus medios; segun su ambicion, y no segun sus rique-

zas. El lujo, hijo del deleite y de la vanidad, conduce á la pobreza por unos caminos brillantes y agradables; pero son solamente los locos los que lo siguen."

„Una especie de lujo moderado entra en las miras de la naturaleza que ha deramado, así en la tierra como en los cielos, una magnificencia igual á su grandeza, pues no ha prodigado tantos beneficios á los hombres para prohibirles su uso. Pero lo que la razon nos prohíbe, es un lujo excesivo ó dañoso, es todo goce superfluo que no está prescrito ni por lo que es justo conceder á su calidad, ni por lo que exige el uso legítimo de la nacion en donde se vive, y cuya modificacion no puede dejar de merecer la aprobacion de las gentes sensatas...."

„¿De qué sirve á las mugeres el exceso ridículo de adornos, la loca pasion de modas y novedades, que cuestan tan caras y pasan tan pronto?"

„Yo sé que la sabiduría permite seguir las modas que no son sino indiferentes, y que no ofenden las costumbres ni desarreglan la hacienda. Aunque las modas no sean lo mas frecuentemente, sino hijas de la inconstancia y del capricho, las perso-

nas mas sábias se ven algunas veces obligadas á conformarse y someterse á ellas por no parecer ridículas."

„La moda es un tirano peligroso, del cual nada nos libra, y es forzoso á su gusto y capricho acomodarse. Pero siendo preciso sujetarse á las leyes que impone locamente, el sabio como piensa rectamente nunca el primero es para seguirlas, ni el último en dejarlas ú omitirlas."

„Si es permitido á ciertas condiciones el llevar vestidos ricos y magníficos, es mas glorioso y estimable el quedarse un poco inferior á su estado. La modestia y el pudor serán siempre para la mugeres el mas bello ornamento y el mas noble adorno."

De lo dicho inferirá V., señora, la diferencia que hay entre una moda racional y la profanidad escandalosa, entre la decencia correspondiente á cada persona y el excesivo lujo, y segun este conocimiento tomará el camino mas seguro.

Dejó de hablar el eclesiástico, y tomando la palabra el coronel, añadió: Cierta que el señor cura se ha explicado con

bastante solidez, y su doctrina no deja que desear en la materia; pero yo quisiera que las señoras mugeres que son tan aficionadas á la excesiva compostura, advirtieran que prescindiendo, si es que se puede prescindir, de los fundamentos morales que condenan el demasiado lujo, hay aun otra razon muy suficiente para contenerlas en los límites de lo honesto, y obligarlas á no singularizarse ni en el traje, ni en el andar, bailar, conversar, &c.

Saben muy bien que es un axioma incontestable el que dijo el señor licenciado, de que si no hubiera tanta muger liviana, no habria tanto hombre atrevido; pero tambien saben que no es ménos cierto que no siempre basta á las mugeres su honestidad y recato para dejar de ser cecididas.

Hay hombres tan atrevidos y procaces, que cuando tratan de llevar al cabo su passion ó su capricho, atropellan fácilmente con la autoridad de los padres, con los respetos del marido y aun se atreven mil veces á atacar la inocencia en los mismos santuarios de la virtud. ¡Cuántas niñas han salido de las clausuras á prostituirse por no haber podido impedir las paredes

de los conventos y colegios la seducción del insolente malicioso!

Para esta clase de hombres no basta á las mugeres ser honestas, es necesario que manifiesten su recato en su traje y en sus acciones en todas partes, si no quieren poner su honor en equilibrio.

Con solo que uno de estos vea á una joven demasidamente compuesta, afectando el paso, haciendo muecas y trayendo el abanico en continuo movimiento, tiene cuanto su temeridad necesita para confundirla con la muger liviana, aunque sea la doncella mas juiciosa ó la casada mas honesta.

Lo peor es que muchas veces no pára en esto todo el mal, quiero decir, no se contentan con tenerlas por coquetas. sino que lo aseguran así á sus amigos, jactándose falsamente de haber conseguido de ellas muchos triunfos. ¿Qué se sigue de aquí? Que aquella pobre niña pierde el crédito entre las demas, porque de boca en boca pasa por una fácil; y por esta mala fama, si es doncella, tal vez pierde un ventajoso casamiento, y si es casada, acaso se turba la paz del matrimonio por una inesperada casualidad. Bien conocen las